

## La casa del silencio grande

*El Nacional*, 1956-06-03.

Un día del año 1923 desembarcaron en La Guaira tres frailes "muy raros". Vestían hábito negro con escapulario y capucha, y llevaban una barba roja y larga hasta casi la cintura, como en las estampas de la Biblia. Parecían tan llegados del otro mundo que ni hablaban castellano. La gente los rodeó con curiosidad. Los padres benedictinos Antonio, Willibrordo y Otto sonreían, entre barbas para esconder su emoción y la desilusión humilde de haber llegado a un puerto tan pobre y feo. El castellano de diccionario con pronunciación alemana que traían ellos era como un vehículo con ruedas cuadradas. Y entre los tres pobres frailes no traían "ni para el autobús". Como en aquellos tiempos llegaban a puerto menos inmigrantes que hoy, los frailes consiguieron pronto puesto en un vehículo, y dieron las 365 curvas que había hasta Catia en unas pocas horas.

Milagro de frailes, a sólo llegar fundaron un colegio en Maracay. Allí, como en todos los colegios los muchachos "eran tremendos", y los frailes los castigaban como merecían. Los papás de uno de ellos, que también eran más o menos como todos los papás, alardearon de influencia con el General. Gómez se atusó socarronamente el bigote y contestó: "Yo soy General en Venezuela, pero Padre Antonio es el de los Padres".

De los tres que llegaron a La Guaira sin un centavo para su pasaje hasta Caracas sólo queda el Padre Otto, el actual Prior de San José del Avila. Los buenos de Willibrordo y Antonio dejaron sosegadamente su carne y sus huesos para abono de esta gran sembrera que era el mundo donde trabajaron como humildes jardineros toda su vida.

-2-

Con los benedictinos llegó a Venezuela la vida monástica. No estrictamente monacal, pero sí la que más se le aproxima.

Por disposición adoptada durante la época de Guzmán Blanco está prohibida en Venezuela la clausura de religiosos. Hay en Caracas una orden de monjas de clausura que no puede practicarla según las reglas. La historia monacal en Venezuela es la vida de San José del Avila, un hermoso balcón en el valle de Los Caracas, subido sobre la falda del Avila. Es una pintoresca edificación de estilo bávaro, cuya disposición general consiste, en un claustro cuadrado, con la iglesia a un lado. Llamen la atención sus cúpulas verdes de forma eslava, los insistentes detalles un poco posados, pero de deliciosa y tierna ingenuidad. Es el estilo de la Baviera alemana que el Hermano arquitecto Adalberto, constructor de catedrales en Africa interpretó en Caracas, no con

la intención de conseguir ningún efecto especial, sino simplemente porque es el único que ha practicado toda su vida.

Todos los padres y hermanos benedictinos de San José del Avila preceden del Monasterio de Santa Otilia de Baviera, la casa madre que tiene categoría de Archiabadía, donde se forma una Congregación para misiones en el extranjero. El abad de esta importante Archiabadía de Santa Otilia de Baviera es Don Cristóstomo O. S. B. (Ordinis Sancti Benedicti).

-3-

La orden es vieja de 1.500 años. Su fundador, San Benito, nació en Nursia (Italia) en el año 480. Hijo de patricios romanos, se escapó del colegio a los trece años y se escondió durante tres en una cueva en Subiaco, cerca de Roma, con la complicidad de su nodriza. En Subiaco fundó una especie de convento con unos vecinos pastores que catequizó con el fin de educarlos en su vida espiritual. Pero los pastores hallaron la disciplina excesivamente rígida y se enemistaron con él. Pero tanto, que trataron de envenenarlo con un vaso de vino. El primer milagro: "el vaso se rompió cuando lo tomó en sus manos". Dejó el lugar y se fue a Monte Cassino, cerca de Nápoles, donde alrededor del año 540 fundó la casa madre y tres años antes de morir escribió las famosas reglas de la orden monástica. Este es el famoso convento que sirvió de escenario a una de las batallas más cruentas de la segunda guerra mundial.

El lema de la orden benedictina es "Ora y labora"; su emblema consiste en una cruz patriarcal de cuatro brazos sobre una nube que dice "Pax", y en sus reglas San Benito no habla de la obra intelectual sino del "Opus Manuum" (trabajo manual). A él se han dedicado después los frailes benedictinos durante siglos, sin abandonar su preocupación espiritual y sus realizaciones culturales.

Hasta el siglo XV, Europa es en gran parte obra de los benedictinos. Durante los tres primeros siglos, VII, VIII y IX, sus escuelas monásticas en Francia, Inglaterra, Iberia, Italia y Alemania, sobre todo en el sur, preparan los hombres que llevan a cabo las grandes desforestaciones, y dan impulso a la agricultura hasta el punto de que se diga después que "el suelo europeo lo han hecho los benedictinos", y el Papa Pío XII llame a San Benito "el padre de Europa", y el Padre Tomas, que es hombre de tan vasta cultura y tan ponderado, me diga ahora que afirmar eso "no es nada exagerado". Después, durante los siglos X, XI, XII, XIII, XIV y XV su vasta influencia cultural y artística, con sus 15.000 monasterios dedicados a la transcripción de los manuscritos. De estos "escritorius manuscritus" nos ha llegado toda la literatura griega y latina. Esta influencia espiritual de los benedictinos en la Europa después del año 1000 merece un párrafo aparte, aunque sea breve. Los benedictinos formaron, entre otros profesionales, grandes arquitectos, y construyeron grandes catedrales. Entre ellas la más importante fue la de Cluny, al sur de Dijon, en Francia, que fue destruida durante la Revolución Francesa. Tenía una capilla de cinco naves que podía albergar 90.000 personas; era el templo más grande que nunca se ha fabricado en el mundo, mayor que el de San Pedro, en El Vaticano. Esta catedral de los benedictinos en Cluny es algo más, es símbolo de su poder

porque fue donde originó la reforma monástica del siglo XII, conocida como "La reforma de Cluny", fue durante un tiempo centro de la Iglesia Católica, residencia temporal del Papa y del rey de Francia. Unos 43 papas, de los 262 habidos hasta ahora, han salido de la orden de los benedictinos, entre ellos Gregorio El Magno, León IV, Gregorio VII, Pío VII y Gregorio XVI. Durante los siglos XVI al XVIII, con el Protestantismo, se registró una acusada decadencia provocada por la intromisión de los reyes y príncipes en los claustros. La confusión de atribuciones y el abuso triste de la influencia eclesiástica por parte de los mandatarios llegó en aquella época, como ocurre hoy en algunos países de mismo signo feudal, a que el Abad, llamado Comendaticio, de Cluny, centro espiritual de la Iglesia, fuese el rey de Francia por "derecho nacional" durante cientos de años. Abad de Cluny fueron Luis XII, XIV, XV. También fue Abad de Cluny el Cardenal Richelieu.

Y en ocasiones hasta un niño.

-4-

La de los benedictinos es una orden única. El Abad Primado o General está en Roma. Está dividida en 15 grandes congregaciones, mayormente de orden geográfico, común Abad General a la cabeza. Cada congregación está después dividida en provincias por países, unas 50 en total, que tienen como jefe a un Abad. Y cada Provincia, a su vez, se divide en casas, donde hay un Abad Local, o, si la casa no es muy importante, un Prior. Lo extraordinario de esta organización es que las casas son absolutamente independientes y pueden decidir por su cuenta sus actividades y su administración. Los abades son nombrados en cada casa por sus propios congregantes, por nadie más, y son vitalicios. Se han hecho grandes intentos para unificar y centralizar la orden, pero no lo han conseguido, para su bien y para beneficio de quines reciben su influencia. El actual régimen español ha presionado últimamente para crear una Congregación española, contando agrupar con otras casas en territorio español los monasterios de Montserrat, en Cataluña, con más de 1.000 años de existencia, y el de Lazkano, en el país vasco; pero no ha podido conseguirlo. El monasterio de Lazkano, en la parte vasca de estado español, y el de Bellok, cerca del Bayona, en la parte vasca del estado francés, han sido siempre una misma Abadía, tanto para su administración como su vida, hasta que en 1936, por dificultades en la frontera impuestas por la guerra civil, obligaron a dividir las administraciones, aunque continúan trabajando y actuando juntos, utilizando su lengua nativa en la vida comunal de las abadías y en sus predicaciones.

El objetivo de los benedictinos son las misiones nacionales y extranjeras. Predican en su diócesis respectiva o en cualquier país de los cinco continentes donde vayan de misiones. Hasta en Corea tienen dos casas. Cuentan con internados en Alemania, Inglaterra y Norteamérica, principalmente. En los Estados Unidos hay internados de tres, cuatro y 5.000 alumnos, y un colegio interno de benedictinas de hasta 12.000 alumnas. Mantienen también universidades y escuelas de ingenieros agrónomos.

En Venezuela hacen labor puramente educacional. Tienen el Colegio de la Trinidad o "Padre Antonio Leyh", en Maracay, y el internado en San José del Avila. El internado

caraqueño está enteramente dedicado a hijos de, no de familias, porque la mayoría no la tiene, sino de gentes "más que humildes" que no tiene nada. Como ésta es una clase privilegiada en número en todas partes, cada vez que se abre un curso nuevo en Caracas llegan al amplio patio de San José y pasan por la ventanilla del Hermano Olaf 1.500 y 2.000 personas, mayormente mujeres, con sus hijos detrás. Desgraciadamente no tienen espacio más que para 220 chicos, cada curso deja 30 o 40 puestos vacantes, y casi dos mil madres tiene que regresar con sus hijos sin esperanza.

Los benedictinos tienen a los muchachos desde los 8 a los 14 años, dan los seis cursos, los visten, les dan de comer, les proveen de todos los servicios médicos y de dentistería, y tratan de que cuando salgan vaya bien formados. Pero se lamentan de que muchas veces su labor es casi inútil, porque a los 14 años la mayoría no sabe a dónde ir, no sabe qué hacer, y regresa a los mismo lugares de donde vinieron. Los benedictinos de Caracas tienen el proyecto de crear en unos amplios terrenos (11.000 hectáreas) regalados por el señor Hoederick en Camurí, cerca de Macuto, un centro profesional donde podrían recoger a los que regresan de Caracas, enseñarles un oficio y dejarlos salir a los 17 o 18 años con medios suficientes para defenderse. Este es todavía un sueño, pero estos buenos frailes han realizado muchos de los que traían en la cabecera de su litera los tres frailes de barba larga que llegaron en 1923. No de una forma fácil, porque la construcción de la casa caraqueña, que en un principio era un internado de niños del recordado Padre Machado, la llevaron a cabo ellos mismos durante tres años ininterrumpidos de labor, "desde el 31 de diciembre de 1939 hasta el 31 de diciembre de 1942". Ellos son cocineros, son arquitectos, albañiles, carpinteros, electricistas (cuanto montaron el carrillón de los redentoristas en El Pinar tuvieron que llamar al Hermano Notkero, porque en Caracas no había nadie que lo supiese poner en marcha), jardineros (en San José se venden las más hermosas hortalizas y flores de la capital), y profesores y sacerdotes. Ahora hay en San José del Avila 16 padres y 17 hermanos, que no se diferencian unos de otros más que en la prerrogativa de celebrar misa que tienen los padres, eso es todo. Y la gigantesca obra la realizaron "de milagro", sólo con su trabajo y las limosnas y los donativos.

Las estrictas reglas de San Benito han ido cediendo un poco en estos últimos 1.500 años, pero se mantiene lo fundamental del oficio, las funciones o rezos diarios de la orden. El Padre Tomás Dassance, un benedictino de extraordinaria cultura humanística, me decía con sus vivísimos ojos verdes y sus grandes manos de campesino, que lo que regula la vida de una casa de benedictinos, como la de Caracas, es el oficio. Es el oficio solemne, recogido, de los antiguos monasterios europeos.

Un benedictino comienza su día a la una de la madrugada, cuando se levanta para rezar en la capilla los maitines y los laudes, enfundo en su cogulla, un amplio hábito negro con anchas mangas y capuchón que también llaman "hábito de coro". Cuando termina de rezar son las 3. A esa hora se acuesta de nuevo, hasta las 5. Hora en que se levanta para asistir a los oficios (canto de "Prima") y celebrar su misa particular. Hasta las 8. desayuno y recreo. A esta hora, la misa conventual, cantada por la comunidad. Después, hasta las 12, cada uno en su oficio, cavar, cocinar, enseñar o trabajar en la carpintería. A las 12, almuerzo en "silencio perpetuo", mientras alguien lee (al año se leen de 70 a 80 volúmenes en el refectorio y "mientras se come se aprenden muchas

cosas"). Después, libro hasta las 2, siesta o recreo. A las 2, vísperas. Después, a trabajar de nuevo, y a las 7, cena y otra vez silencio absoluto y lectura. Al salir completan el último oficio del día en la capilla, y, sin hablar se acuestan a las 8. Llegó así el "silencio grande", que dura toda la noche y no se puede romper si no es por alguna razón importante. La única excepción del cumplimiento de estas prácticas modernas de la orden benedictina que se permite en "el trópico" es la dispensa de levantarse a la una de la madrugada. En Caracas, el día del benedictino comienza a las cuatro de la mañana.

-5-

Los tres frailes "muy raros" que desembarcaron en La Guaira el año 23 son hoy casi 50 hombres de trabajo que enseñan y dan de comer y visten y cuidan de sus salud a 220 muchachitos sin hogar. Algunos de ellos siguen llevando la barba hasta la cintura que sorprendió tanto a los guayreños, aunque ya están blancas de tiempo y de preocupaciones; otros, algunos de los más nuevos, andan ya sin barba; signo de los nuevos tiempos, que son más cómodos, De los tres que llegaron entonces sólo está en pie el Padre Otto. Los padres Antonio y Willibrordo dejaron sosegadamente sus huesos para abono de un mundo ancho como una gran sementera donde trabajaron como humildes jardineros toda su vida. Y si hay Cielo, habrán recibido en el otro "Silencio grande" la misma recompensa de gracia que aquí por haberse dedicado a los humildes, a gentes que son, como me decía el Padre Tomás, "más que humildes, porque no es que no tengan familia, pero no la conocen".